

ANTONIO PEREIRA Y SUS FANTASMAS FAMILIARES DEL BIERZO

Emilio Salcedo

Esta historia de los Losada es la tercera novela de Antonio Pereira y, en ella, el autor no puede menos de infiltrarse para declarar su condición de simple narrador-observador. «Hace mucho -confiesa en forma ambigua sin aclararnos si es un Losada (el viejo Jacobo, el indeciso José María) o él mismo- que no siento interés por una novela. Me molesta el poder absoluto burlón del narrador que lo ve todo, que lo sabe todo. Peor aún -continúa- que se inmiscuya él mismo en todo con su voz insidiosa y sin rostro, corrompiendo nuestra imaginación inocente».

País, paisaje; el reducido entorno en que el hombre se confunde con la naturaleza, es parte de ella y apenas de su historia, de su pequeña historia, porque se irá sumiendo en el silencio y en el olvido. Hablamos de la fruta o del vino el país, de su cocina y ponemos puertas al campo reduciendo casi sólo al alcance de la vista y la conciencia posesiva una parte de tierras, casas y hombres con su memoria dormida, una pequeña comunidad en la que los fantasmas serpean entre sus sombras como mitos que se degradan, que se diluyen y desmoronan como las piedras erosionadas por la lluvia y el viento, las tejas abrasadas por los hielos o las cosechas agostadas por el resol o el pedrisco caído de las nubes.

Jacobo Losada estaba ya en su predio, en su predio, en su país, era leyenda, recuerdo o invención, el paso por la vida, los gestos de otros de su mismo apellido que le precedieron en aquellas mismas tierras solar de su estirpe. La huida del terruño en un intento de liberación moral -vida en Madrid, proyecto de oposiciones, primeras armas literarias en el periódico «La Libertad»- se verá truncada por algo totalmente extraño a él y que sucede en un más vasto dominio, en el ámbito histórico de la España que estalla en la guerra civil, donde él será un extraño y milagroso superviviente, fugitivo que no llega a la acción guerrillera, huido, acosado como una alimaña par el cual el sobresalto será hábito cotidiano.

Unas apuntaciones, ni siquiera un diario ni el afán posterior de escribir su propia historia y el gesto final de la renuncia a toda huida, el enraizamiento en la tierra de sus muertos hasta ser él uno más de ellos, sólo leyenda para el sobrino que

inconscientemente le va encontrando cuando él ha emigrado más allá de todo horizonte y le rastreará por las mismas trochas y vericuetos, por el reflejo y el silencio que de él queda en uno de sus compañeros hasta llegar a la explicación y comprensión de toda su historia que compromete su vocación, su conciencia y le aparta del destino deseado para amarrarle a otra existencia no deseada pero que aceptará para integrarse en el mismo pequeño país de la saga familiar.

Decía Enrique Heine que, en cada tumba, yace una historia universal. En la de Jacobo Losada está toda la historia y por eso ni se nos señala el lugar de su fosa porque su presencia intangible, como la de los viejos demonios familiares, lares y penates, está asida a los objetos de ese país reducido, perdido en el mapa, en el que los gestos de las personas, sin saberlo, son el recuerdo de una estirpe introvertida y soñadora, huidiza, que, en un momento dado, han tenido, o los demás sólo les recuerdan.

Antonio Pereira nos presenta a José María Losada regresando urgentemente desde Alemania -Universidad, ¿seminario religioso tal vez?- para llegar al noroeste español, al bajo Caurel, trasunto del País de Villafranca del Bierzo solar de Antonio Pereira-, el país entrañable y extraño en que irá descubriéndose a sí mismo, fundido su futuro con el pasado del viejo tío muerto; renunciando también a toda huida porque es imposible escapar al destino marcado cuyos meandros confusos nos hacen guiños de complicidad avisándonos en la palma de la mano sin que seamos capaces de advertirlo. Toda vida es un cuento, una madeja enredada e inacabable de la que se pierden y recobran hebras. Los Losada devanan sin rencores, sin violencias, el ovillo de un pasado en el que la sangre fue una locura colectiva. Hay una voluntad de comprensión que aleja los hechos, silencia el ruido de los disparos y limpia la sangre dejando únicamente las heridas del alma.

Pereira ha escrito, con ésta, tres novelas, un par de libros de cuentos - fue Premio Leopoldo Alas «Clarín»-, pero es, sobre todo, poeta y lleva a su relato esa capacidad de sugerir, de insinuar, de dejar el misterio de las palabras como un trémolo que ha de resonar en el lector explicándole lo que se entiende con un silencio, con una mirada, con un temblor inexplicable e inexplicado. El país adquiere así un sentido mágico y los Losadas se funden ante nosotros conducidos por un destino que mueven y determinan viejos y olvidados dioses que alentaron esos parajes y que no han abandonado del todo.

Pero toda historia mítica es, en buena medida, una metáfora más que un ejemplo. Ese país reducido, «País de los Losadas», que el autor constriñe a dos personajes que apenas sí coinciden y se comunican en el tiempo, pero se comprenden e identifican, es la sombra o proyección del país nación más amplio, de

la historia que se repite y sin olvidar que, aunque esto sucede siempre, la repetición está forjada por sutiles variantes que no afectan a su esencia aunque el resultado sea el mismo. Por eso Pereira pluraliza el apellido: tal vez haya cambiado el pequeño país que sigue siendo, sin embargo, el mismo; el país envejece y los hombres, los Losada, se suceden, se suman, se repiten.